

# La geografía francesa durante el siglo XX<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN GENERAL<sup>2</sup>

Cubrir el mundo, tratar de los lugares y de las relaciones que los individuos y las sociedades mantienen con una Tierra que aparece como finita —continentes, polos y mares ya están explorados—, ésta es la ambición que tienen los geógrafos desde finales del siglo XIX, distinguiéndose a la vez de los sabios y de los demás profesionales, escritores, periodistas, documentalistas, que podrían tener la misma ambición. Los geógrafos franceses, dirigidos tanto por la voluntad de valorar su propio territorio nacional como por la confianza en su capacidad para captar la universalidad del mundo habitado, se han volcado particularmente en estos objetivos. Una vez superado el momento del desafío alemán, dominaron la disciplina durante los años treinta del siglo pasado, antes de traspasar la hegemonía a los Estados Unidos, ya inmediatamente después de la segunda guerra mundial. Perdieron también la soberbia de una «escuela francesa de geografía» con vocación profesoral para hacer frente a la diversidad interna y a los retos de las nuevas profesiones, tales como la ordenación del territorio y el medio ambiente. A pesar de depender siempre de la salida escolar, la geografía se mantiene como una disciplina universitaria abierta hacia múltiples oficios fuera de la enseñanza. Vinculada todavía a la historia, mantiene re-

laciones estrechas con numerosos campos del saber, de las ciencias sociales y de la filosofía, las ciencias de la tierra y la informática; se codea con las ciencias llamadas «duras», pero también con la literatura de viajes... Hace un siglo, la geografía trataba del hombre y de la Tierra, del hombre y del medio; hoy reflexiona sobre el sistema-mundo, el espacio geográfico, la articulación de redes, los lugares y los territorios.

Tratar del gran siglo XX de la geografía francesa, desde la década de 1890 a principios del siglo XXI, consiste en dar cuenta de las dimensiones históricas de una disciplina que se afirma sobre esta duración como saber especulativo desarrollado en el seno de la universidad o la de investigación básica, pero que se plantea, de manera más o menos recurrente, las preguntas de su identidad intelectual y de su pertinencia social.

Del hecho de que esta inscripción universitaria y de que la cualificación de la geografía como ciencia aparte estuvieran ya adquiridas a principios de la década de 1900 tanto para una parte del campo intelectual como para la administración central, no habría que deducir la existencia de cualquier necesidad. Fue la expresión de un proceso lento, que condujo a la afirmación de un campo legítimo de conocimientos, en el seno del dominio científico sostenido de manera voluntarista por la Tercera República francesa. Las líneas de fuerza intelectuales, sociales, políticas que han gobernado este proceso han sido bien estudiadas, pero su exposición necesita todavía más detalles, dado lo duraderos que son los estereotipos. La falta de estudios historiográficos densos de este campo del saber (en contraste con la sociología o con la historia, por ejemplo) y lo raros que son los estudios comparativos hacen, en efecto, delicada la interpretación de la historia social, cultural o intelectual de la disciplina. La dificultad

---

<sup>1</sup> Marie Claire Robic (coord.), Didier Mendibil, Cyril Gosme, Olivier Orain y Jean-Louis Tissier: *Couvrir le monde. Un grand siècle de géographie française*. París: Ministère des Affaires Étrangères, ADPF (Association pour la Diffusion de la Pensée Française), 2006. [Traducción: Josefina Gómez Mendoza.] Este trabajo está disponible en la red en este enlace: <<http://www.culturesfrance.com/adpf-publi/folio/couvrirlemonde/index.htm>>.

<sup>2</sup> *Couvrir le monde...*, op. cit., pp. 9-13.

umenta por dos motivos. En primer lugar, se trata de una disciplina ideológicamente sensible, que, en particular, ha estado vinculada a la inculcación nacional y a la propaganda colonialista. Sin duda, la geografía comparte esta dependencia con muchas otras disciplinas, pero con la particularidad de haber estado extremadamente vinculada a los programas escolares, por tanto a la difusión masiva a través de la escuela. Por otra parte, el hecho de que la geografía moderna, aun menos que la historia, suscite poca atención por parte de los historiadores de la ciencia, filósofos o epistemólogos contribuye a reforzar lecturas sesgadas de su historia, derivadas de que lo esencial de la investigación historiográfica resulte de la reflexión de los propios geógrafos. Como es sabido, las autorreflexiones sobre las disciplinas se producen a menudo con una actitud pasional, muy dependiente de los debates internos de la profesión y de los intereses propios de los investigadores comprometidos en esta investigación. Carecen, por tanto, de la perspectiva del análisis exterior, pero pueden, en cambio, tener una gran capacidad heurística, sacando a la luz cuestiones que pasan desapercibidas al no especialista y las cuestiones cognitivas, pragmáticas o de poder que recorren el campo.

Para evitar esos sesgos y abrir la perspectiva, habríamos deseado, en este estudio, confrontar la aproximación histórica con un doble análisis comparativo, el de las disciplinas vecinas que han participado en el mismo movimiento de afirmación científica a partir del último tercio del siglo XIX, y el de las geografías que se han desplegado paralelamente en los demás países desarrollados. Esas ciencias, sucesiva, a veces simultáneamente, modelos u objetos de rechazo, unas veces aliadas y otras concurrentes, son utilizadas en esta ocasión lo más posible como espejos para ayudar a pensar en el desarrollo de la geografía. Habríamos querido también integrar en el relato las diversas narraciones que los geógrafos han hecho sobre el pasado y sobre los héroes de su disciplina. Hemos tenido que referirnos, sobre todo, a otros tipos de textos: escritos doctrinales y programáticos, en concreto esos hitos textuales que son los avisos y advertencias de los libros, los prefacios y otras introducciones, a través de los cuales han querido dar sentido a la empresa geográfica. Se ha buscado la coherencia en los análisis de series largas: conjuntos de tesis y de obras, colecciones y textos clave, en concreto cuando se trataba de conocer los modos de proceder de las generaciones de geógrafos que se han sucedido desde hace más de un siglo. De esta forma, se han podido examinar las maneras en que se representaba su ciencia y la relación experta que los geógrafos mantienen con el mundo.

El reto de este libro tiene que ver con una opción epistemológica. Hemos querido considerar el conjunto de los componentes que forman una disciplina. Sin duda, un cuerpo doctrinal confortado de manera variable por trabajos empíricos, pero también un conjunto de especialistas organizados en red —a través de revistas y asociaciones— y sujetos al ejercicio de un programa más o menos explícito, que se transmite en el curso de una formación común. Para no caer en la ilusión que muestra el dominio de la geografía bajo un único punto de vista, el de los dominantes —en este caso, esencialmente, para la primera mitad del siglo, la ortodoxia que era la visión universitaria, la de una geografía humana y regional formada por la autoridad de los profesores de la Sorbona y por algunas voces de provincia—, hemos tratado de presentar a algunas de las figuras de geógrafos periféricos en el campo universitario y los lugares principales en que se hizo la geografía. Sin embargo, los márgenes no son más que evocados, tanto por falta de información sobre el conjunto de un campo más difuso de lo que haría pensar el sentido común, como por el formato de la obra. Los esbozos antiguos de una participación geográfica en campos no académicos sólo son sugeridos, sin que se pueda profundizar en itinerarios personales o analizar el ejercicio de saberes geográficos en las esferas de la empresa o de la diplomacia, por ejemplo. Todavía poco conocida en Francia, la geografía colonial, que durante mucho tiempo se ha presentado separada de la práctica universitaria estándar, apenas es abordada aquí; lo mismo que ocurre con el encuentro colonial, cuyo estudio está en pleno auge, y que suscita trabajos innovadores tardíamente inspirados en los *subaltern studies*, o investigaciones llamadas «poscoloniales».

Cuatro capítulos atraviesan sucesivamente las décadas del siglo XX, los que ven afirmarse un saber especializado sobre el mundo, sobre los lugares, sus divisiones, y sobre la relación que mantienen los seres humanos y las sociedades con su marco de vida.

En el primero se hace la trayectoria de la geografía francesa, desde la estructura de las ciencias geográficas difusas hasta la pluralidad que se incorpora al campo a partir de los años setenta y ochenta, pasando por la larga fase de «constitución disciplinar» emprendida en el entorno de Paul Vidal de La Blache a finales del siglo XIX. Los puntos en los que insistir en este trabajo han sido sacados a la luz mediante el estudio del «cuerpo» de geógrafos, considerado tanto a través de los cambios de su morfología y de su organización como de la evolución de su producción intelectual —siendo los cambios de conceptos centrales, los ciclos sucesivos de «posiciones»

manifestadas por la serie de «declaraciones, debates, textos doctrinales, obras de síntesis», los que permiten encontrar referencias en este camino.

El segundo capítulo se dedica a la geografía «tal como se va haciendo», tal como se manifiesta a través de las prácticas más comunes del «oficio» de geógrafo, en los modos en que se enfrenta a ese mundo del que quiere ser intérprete y, sobre todo, cuando quiere presentarlo. Aunque insiste más sobre las prácticas iconográficas, este capítulo se interroga también sobre la función de esas acciones de representación de los lugares en los diversos momentos de la actividad profesional, científica o no científica, en concreto en la geografía escolar y, hoy cada vez más, en los ejercicios de consultoría territorial.

El capítulo siguiente trata de abarcar los rasgos principales de la identidad epistemológica de la geografía. Se refiere ampliamente a los conceptos de la estructura de las revoluciones científicas de Thomas S. Kuhn, tratando de aclarar el (o los) paradigma(s) que ha(n) alimentado a la disciplina desde su fundación, al principio del siglo xx. Como los anteriores, pero con una periodización propia, rehace una evolución que va de una escuela relativamente monolítica al pluralismo contemporáneo.

El último capítulo examina la contribución de los geógrafos al mundo de las ideas y de la acción, concentrándose en la función que desempeñaron en las representaciones o en las intervenciones a dos escalas principales, la de la organización del espacio nacional y la de las estructuraciones del mundo.

La lista de las tesis doctorales de geografía leídas en Francia desde 1890 hasta 2002 se presenta por categorías y grandes conjuntos regionales.

En la bibliografía final se recapitulan las principales páginas de Internet, las revistas y colecciones de la geografía francesa contemporánea, se presenta con brevedad a los grandes clásicos así como un panorama de temas y campos de elección de la geografía practicada en Francia en los inicios del siglo xxi.

### CONCLUSIÓN GENERAL<sup>3</sup>

Sensibles al contexto, a menudo innovadores, pero siempre en los límites de las dinámicas disciplinares que plantea el desarrollo normal de una ciencia, los geógrafos franceses han tratado, a su manera, durante ese gran siglo xx de la geografía, de «cubrir el mundo». Han defen-

dido durante mucho tiempo un proyecto de conocimiento unitario, aunque dual, porque estaba dirigido tanto hacia un programa regional como hacia un programa mesológico o ecológico. Es este proyecto el que hizo diferente a la geografía de los años 1900 con relación al periodo anterior: antes se hablaba de «las» ciencias geográficas, o, cuando no se la consideraba como la Cenicienta de la historia, se evocaba una ciencia que «tocaba todo», o incluso una predisciplina que tan sólo era capaz de servir de propedéutica a estudios especializados. Este proyecto permitió también diferenciar a la geografía de las otras ciencias que le eran próximas en la universidad, la historia y las ciencias sociales, de un lado, las ciencias naturales, del otro. Fue llevado a cabo por un hombre [nota: el geógrafo es un personaje exclusivamente masculino hasta los años treinta] que hacía trabajo de campo, interesado por la observación directa de las cosas, que manejaba mapas geológicos y topográficos y una cámara de fotos, que gustaba de observar los hechos desde lo alto, que viajaba mucho, pero casi siempre en grupo, para llevar a cabo excursiones colectivas en las que se podían confrontar miradas, interpretaciones y reputaciones. Porque estaba atento a la génesis de las formas terrestres, de las relaciones hombre-naturaleza y de las fisionomías regionales que examinaba, el geógrafo pretendía estar, en general, lo más cerca posible de lo concreto, ser un mero transcriptor o «grafista» que registra a través de la escritura y de la iconografía su objeto de estudio, la actualidad de una relación entre sociedades y su marco de existencia, la Tierra.

A la estructura unitaria que se desplegó desde el inicio del siglo xx se opone la geografía plural de inicios del siglo xxi: plural en sus proyectos de conocimiento, en sus lugares de legitimación y de producción, en sus referencias, en sus destrezas. No hay, ni por asomo, un retrato robot de este geógrafo polimorfo que se puede todavía mostrar experto en el «campo» pero que ha tomado distancias con relación a una óptica estrictamente naturalista, que incluso puede hacer encuestas de carácter etnográfico y que se vale, casi siempre en laboratorios, de modelos interpretativos, bases de datos, programas de análisis estadístico y cartográfico. La figura única del profesor (universitario o de enseñanza media) ha sido sustituida por un abanico de oficios de lo más variado, en el que caben investigador, profesor, experto-geógrafo contratado por una colectividad territorial, una agencia de urbanismo o una compañía de estudios especializada en la esfera de la ciudad, de la movilidad, de los transportes, de la gestión del tiempo, de la salud, de los riesgos, del medio ambiente, etc. En estos oficios relacionados

<sup>3</sup> *Couvrir le monde...*, *op. cit.*, pp. 165-168.

en mayor o menor medida con la acción, y según su experiencia, su ambición o su cultura, el (o la) geógrafo(a) todavía desarrolla una amplia gama de aptitudes que van del simple estudio al proyecto, con sus fases de concepción, evaluación y prospectiva.

La evolución ha pasado por una expansión científica principal que se puede datar en la década de 1970. En los años cuarenta y cincuenta se había producido ya una primera inflexión en el curso de esta «escuela francesa de geografía», algo monolítica, de la primera mitad del siglo XX (que dominó la escena internacional en los años treinta). Tuvo entonces lugar un doble proceso de apertura temática y de especialización, en la inmediata posguerra, en el curso de ese primer momento de extensión del cuerpo de los geógrafos, que provocó una cierta puesta en cuestión de la pertinencia de la disciplina y una crítica de la herencia liberal bajo el báculo del marxismo, pero que se repliega epistemológicamente sobre un realismo heredado y sobre el corazón clásico de la profesión, la enseñanza, en detrimento de las convocatorias a la práctica de la organización del espacio. En los años setenta se acumulan los cuestionamientos: tienen que ver con el incremento del número de geógrafos, la renovación de las prácticas colectivas de investigación, las rupturas de una «nueva geografía» orientada hacia las ciencias sociales, la primera apertura de «mercados» de trabajo de la geografía fuera de la enseñanza. Se dirigen también hacia la emergencia de una rama inspirada por la investigación angloamericana, que entonces se hizo dominante, el análisis espacial, y hacia la afirmación de una postura constructivista que rompía con el realismo tradicional. A principios de los años ochenta, la geografía se estabilizó apoyándose en las ciencias sociales, organizándose desde entonces en varias corrientes, entre las que hay una orientación de investigación a la que tientan las cuestiones de identidad y de territorialidad, que se apoya, como las ciencias sociales vecinas, en las humanidades y las filosofías de la acción.

No hay que exagerar la homogeneidad de esa escuela de geografía durante la primera mitad del siglo. No hay tampoco que reducir la historia de los años 1900 a 1960 a una simple «geografía de los profesores». Prescindiendo de los relatos más o menos acordados que desde principios del siglo XX han acompañado a la institucionalización de la geografía en la universidad, revisando también las críticas modernas que han condenado el apoliticismo de la «corporación» de geógrafos o su aislamiento en su torre de marfil, hemos subrayado la constancia de su implicación ciudadana, hasta las modalidades actuales.

Esta implicación tiene momentos más señalados que coinciden con momentos de movilización de la opinión o de los poderes públicos en relación con problemas que afectan a cuestiones territoriales, primero nacionales y después europeas o mundiales. El tema nacional ha sido y sigue siendo central, con ese hilo rojo que consiste en pensar la organización espacial del estado nación en sus dimensiones administrativas y políticas (la regionalización, la descentralización) pero también en las modalidades económicas y sociales de su equipamiento y desarrollo (la ordenación del territorio, la política urbana y comarcal, la equidad territorial...). La sensibilidad de los geógrafos a las diversas escalas humanas —y precisamente en el nivel de la organización del mundo, de la nación al mundo de la «mundialización» contemporánea, pasando por esos grandes sistemas territoriales que fueron los imperios— les ha permitido en todo caso traspasar la limitación nacional y tratar de tomar cierta perspectiva, tanto al pensar la organización de lo que es para ellos la unidad terrestre como al estudiar las dinámicas con las que se está reestructurando el conjunto del planeta. No cabe duda, sin embargo, de que el etnocentrismo sigue vigente y de que el mundo dista de estar cubierto. Las antiguas dependencias coloniales estructuran las relaciones de investigación, las redes de observatorios y, sin duda, la representación de lo «ajeno». Y aún más: es probable que sigan siendo estructurantes las relaciones norte-sur (o, si se atiende a la mirada, la relación de Occidente con el mundo que denunció Edward Said). Pero algunos sectores de la geografía cultural se han abierto a perspectivas menos disimétricas de lo que lo eran en la época de la exaltación europea. Los investigadores están sumidos en nuevos debates surgidos de los movimientos del «Tercer Mundo» y sobre el desarrollo, tienen que responder a problemas de medio ambiente y de desarrollo sostenible que aparecieron en la escena internacional en la Cumbre de Río; están planteadas cuestiones de justicia, de ética, de propiedad intelectual de los saberes.

Salvo excepción, no encontramos en la geografía figuras análogas a los grandes «héroes» de la sociología, de la antropología, de la filosofía o de la historia. Quizá tenga que ver con la forma en que los historiadores se plantean escribir sobre su pasado. O quizá sea el desdibujamiento de los geógrafos en la escena pública o en la república de las ciencias y de las letras, desdibujamiento que estaría a su vez vinculado a una modestia compartida, o quizá a una débil legibilidad de su presencia. Nuestra hipótesis camina en el sentido de que los geógrafos han preferido compromisos «medios», tanto por su nivel de

intervención ciudadana como por su tenor: han sido más bien críticos, «tribunos» en el sentido de que se sienten expresión de la «base», pero considerándose dotados de una cierta sabiduría, han sido a menudo consejeros de la República, pero en conjunto se muestran poco inclinados a posturas políticas extremas. No han sido profetas, sino testigos de lo cotidiano, de lo que está en juego en el mundo y de su actualidad, lo que les ha permitido seducir en ciertas etapas —por ejemplo, durante los años treinta, en que atrajeron a jóvenes intelectuales que rechazaban

el formalismo de la historia o de la filosofía—. Saben detectar cómo está trabado el tejido de las relaciones en el espacio mundial, a varias escalas, saben formalizarlo con el pensamiento y con la imagen, pero aciertan menos en las formas de hacer público su saber y no tienen la visibilidad de los «grandes intelectuales», a pesar de la fecundidad de numerosos investigadores que tienen la ambición de valorizar la geografía en las ciencias sociales o en los proyectos transdisciplinarios de gran alcance.— MARIE CLAIRE ROBIC

Recibido: 3 de noviembre de 2009

Aceptado: 17 de enero de 2010